

EXAMEN DE LIBROS

Frans J. SCHRYER: *The rancheros of Pisaflores: The history of a peasant bourgeoisie in twentieth-century Mexico*. Toronto, University of Toronto Press, 1980. xii + 210 pp., ilus.

En este libro Frans Schryer nos ofrece una magnífica monografía sobre las condiciones económicas, políticas y sociales de una pequeña región mexicana: la Sierra Alta de Hidalgo y, en especial, el municipio de Pisaflores, un valle de 159 kilómetros cuadrados que actualmente cuenta con sólo diez mil habitantes. El autor traza la compleja historia de Pisaflores desde su nacimiento como una región remota y poco habitada a fines del siglo xviii hasta nuestros días y nos cuenta de su florecimiento económico durante el porfiriato, de la intensa actividad política y relativa estabilidad económica que vivió durante la revolución, de su empobrecimiento a partir de los años treinta, y de las crecientes tensiones sociales, deterioro económico y movilidad descendente de casi toda su población desde la década de los setenta.

El estudio es fruto del intenso trabajo de investigación de diez años, de la formación multidisciplinaria del autor, y de la aplicación de una refinada metodología. Schryer revisó archivos y hemerotecas, realizó múltiples entrevistas y procesó en computadora sus datos sobre propiedades rurales y urbanas, sobre diversas actividades económicas como pago de impuestos, producción de café y azúcar, etc., junto con información sobre cargos políticos, referencias genealógicas y otras. De aquí obtuvo una buena imagen de la estructura de clases existente en Pisaflores, los cambios que ésta fue sufriendo en el tiempo y la participación política de cada grupo social, así como del origen de clase de los personajes más connotados en la vida política.

La problemática central que guía este libro es el análisis de un sector social poco estudiado y menos comprendido: el de los pequeños y medianos terratenientes, comunmente denominados rancharos. Hasta el momento, arguye el autor, se ha ignorado la importancia económica y política que llegaron a tener en el presente siglo. Este olvido relativo se debe, en buena medida, a que la mayor parte

de los estudios sobre la revolución, inclusive los más actuales, se han centrado en regiones dominadas por los grandes hacendados, haciendo hincapié en los conflictos que éstos habían generado con los campesinos sin tierra, así como en los cambios introducidos en esta forma de dominación, particularmente a través de la toma de tierras y la reforma ejidal. Además, las pocas referencias hechas sobre rancheros son contradictorias: se les ha catalogado como políticamente pasivos, como los más dinámicos líderes revolucionarios del norte del país, y como los principales sostenes de movimientos tachados de reaccionarios, como la cristiada y el sinarquismo. La mayoría de los autores simplemente los han omitido o subsumido en el ambiguo término de "clase media", en vez de tratarlos como un sector social con sus propias características e intereses.

El aporte fundamental del libro es un magnífico análisis de clases, basado en una definición estrictamente marxista, y en el cual no sólo se señalan las modalidades económicas de cada grupo, sino también su comportamiento político, sus intereses, alianzas y antagonismos vistos dinámicamente en los momentos históricos más importantes. De este análisis Schryer conforma el concepto de "burguesía campesina" para caracterizar a los rancheros, el sector clave de su libro, y para superar los defectos más obvios del concepto de "clase media" o "pequeña burguesía" que, aplicados al caso mexicano, se han utilizado de una manera demasiado laxa, ignorando las importantes diferencias entre sus componentes.

Es importante señalar el carácter innovador del libro de Schryer en relación con la historiografía del siglo xx. Precisamente una de las tesis más usuales sobre la revolución —expresada desde el porfiriato por Andrés Molina Enriquez en su famoso libro *Los grandes problemas nacionales*— es que la gran hacienda se había convertido en el obstáculo fundamental para el desarrollo del país atando al grueso de la población —los peones— a una existencia cercana al esclavismo, y acaparando grandes extensiones de tierra sin trabajarlas intensamente ni con métodos modernos, convirtiéndose, por ello, en una institución antieconómica que impedía el desarrollo de una clase de pequeños propietarios. Ultimamente se ha insistido en la necesidad de matizar esta idea, de marcar diferencias regionales, de señalar en qué época y a qué ritmo avanzó la monopolización de la tierra, y de mostrar cómo el desarrollo capitalista moderno e integrado a mercados nacionales e internacionales avanzaba ya en mu-

chas regiones, como la escogida para este estudio. Además, los mismos datos censales muestran que la clase de pequeños y medianos propietarios —en la que tantos revolucionarios pusieron sus esperanzas— no era tan embrionaria como tradicionalmente se ha señalado, sino que se encontraba en rápida expansión: entre 1854 y 1910 los ranchos en todo el país pasaron de 15 054 a 47 939. A diferencia de lo sostenido por otros analistas, el autor arguye como tesis central de su trabajo que los rancheros, y en especial los del centro de México, constituyeron una fuerza política significativa durante el porfiriato, en la revolución de 1910 y en su posterior fase de institucionalización, y que sus acciones determinaron, en buena medida, tanto la dirección como los resultados de este movimiento. Veamos someramente los datos que se aportan en este libro para sostener tales ideas.

En la Sierra Alta hidalguense, desde la segunda mitad del siglo **xxx**, la rápida expansión del comercio transformó una agricultura de autosubsistencia, basada en las relaciones patriarcales entre unos pocos terratenientes españoles y una gran masa de campesinos pobres, en una agricultura comercial —básicamente de caña de azúcar y café— ligada a mercados más amplios, que dio lugar al trabajo asalariado y al surgimiento de una nueva clase: la de los rancheros. Durante el porfiriato, y como en muchas otras regiones en donde la gran hacienda no tuvo un desarrollo extremo, esta clase social llegó a ser económicamente importante, influyente en la sociedad, y hasta dominante en la vida política. A pesar de su modestia frente a los mayores terratenientes, estos rancheros, por lo menos en Pisaflores, contrataban asalariados de manera constante, arrendaban parte de sus tierras, y formaban un grupo numéricamente significativo. En suma, esta burguesía campesina constituía una verdadera clase alta local *vis-à-vis* los campesinos pobres que de ellos dependían. En 1880 se empezó a dividir Tampochocho, la primera y más grande hacienda de la región, originando terribles disputas entre sus reclamantes y creando dos facciones políticas dominadas por familias rivales: los Rubio, descendientes directos del dueño original, y los Alvarado. Desde entonces hasta la fecha la vida política de Pisaflores ha estado dominada por una serie de disputas faccionales entre los miembros de la clase alta local que, en buena medida, sólo es continuación de la contienda original. A pesar de su casi uniforme oposición al régimen de Díaz en 1911, estas facciones encabezadas por rancheros

continuaron dominando el panorama político durante y después de la revolución.

Se entra aquí necesariamente a una de las grandes preguntas sobre la naturaleza de la revolución mexicana: ¿cuál fue la participación política y militar de los campesinos pobres sin tierra? Sabemos que en el caso zapatista fueron ellos su motor fundamental, pero ¿es válido extrapolar esta situación al resto del país, como tanto se ha hecho? En el caso de Pisaflores, Schryer nos presenta una imagen muy diferente de lo que fue este movimiento, pues no sólo no surgió como una presión incontenible de las masas en las zonas rurales, sino que la actuación de los campesinos más desposeídos fue mínima y controlada por la clase alta local.

De hecho, y éste es uno de los puntos claves del libro, nunca se llegó a desarrollar una verdadera lucha de clases, ni durante el porfiriato ni durante la guerra civil —cuando hubiera habido más oportunidades dado el deterioro del sistema político nacional— ni tampoco en la fase posterior de institucionalización. Las causas para tan notable ausencia fueron varias: en la Sierra Alta de Hidalgo las haciendas no incurrieron en los excesos de otras zonas como Morelos, ni tampoco hubo la polarización extrema entre ricos y pobres que dividió y enfrentó a éstos en otros distritos rurales. La razón más profunda para explicar por qué los campesinos desposeídos no alcanzaron una conciencia de clase que hubiera redituado en su beneficio se encuentra en sus fuertes relaciones verticales con la burguesía local, generalmente los rancheros. Tales nexos no fueron sólo económicos sino también, y esto tuvo un peso determinante, políticos y culturales. Ambos polos de la sociedad de Pisaflores se encontraban estrechamente unidos por lazos paternalistas, actitud política que prevaleció hasta los años cincuenta, fecha en que aún era frecuente que los terratenientes proveyeran a sus trabajadores y arrendatarios con préstamos, parcelas y ayuda personal —por ejemplo en caso de enfermedad. Los vínculos personales que unían a estos individuos de clases opuestas eran, además, antiguos e intensos. Sobre todo en los poblados más alejados, los rancheros compartían con sus trabajadores toda una forma de vida, una cultura, gustos y diversiones, frecuentemente hasta un mismo origen, así como relaciones de compadrazgo y amistad. Era también común que algunos campesinos establecieran una relación cercana con un solo patrón para el cual realizaban todo tipo de labores, y estos trabajadores

permanentes, llamados "peones de compromiso", gozaban de privilegios especiales que aseguraban su lealtad a los rancheros: préstamos, permisos para sembrar cultivos especiales, etc. Por último, e insistiendo en su análisis de clase, el autor hace hincapié en que la subordinación política de estos campesinos se derivaba también del aislamiento que les imponían sus labores agrícolas, así como de su extrema inseguridad —muchos eran asalariados por día— lo que los hacía sumamente dependientes de sus parientes más acomodados, patrones, líderes y funcionarios.

Todos estos argumentos sobre la falta de lucha de clases vienen a comprobar las hipótesis de muchos teóricos en el sentido de que los campesinos más desposeídos no son los más activos políticamente, ni los más revolucionarios. Al respecto las ideas de Hamza Alavi son particularmente útiles. Señala que la pasividad de estos trabajadores se finca en su situación objetiva de dependencia e inseguridad y que su potencial político sólo se materializa cuando una guerra o una revolución destruye la estructura de poder existente y la posición dominante de la elite local, situación que no tuvo lugar en Pisaflores ni con la revolución de 1910 ni con la reforma agraria con que Cárdenas modificó la estructura de la propiedad en tantas otras partes del país.

Las consecuencias de esta ausencia de lucha de clases en Pisaflores fueron profundas en más de un sentido, pues la revolución no pudo imponer cambios decisivos sobre la propiedad, la dominación política, o la estructura de clases sociales. En todo caso, cuando ésta se vio modificada, fue por condiciones económicas del mercado internacional —como el *boom* cafetalero de los años veinte y cuarenta—, y por una decisión federal —construir una nueva carretera alejada del municipio, lo que lo colocó en un plano secundario en varias actividades económicas como el comercio y el turismo.

Además, como para la burguesía campesina de Pisaflores la revolución no significó un desafío, la vida política siguió dominada por sus conflictos faccionales, en los que buscaba acrecentar sus intereses económicos a costa de sus rivales. Los hacendados y rancheros no tuvieron ningún problema para convertirse en los líderes locales de las diversas facciones revolucionarias del país, ni en asegurar su independencia reclutando a su propia gente, buena parte de la cual eran parientes, empleados y arrendatarios. Una vez pasados los años más difíciles de la revolución muchos jóvenes terratenientes

podieron iniciar importantes carreras políticas y administrativas —dos de ellos llegaron a ser gobernadores— mientras que algunos líderes de la etapa armada consolidaron su poderío convirtiéndose en los hombres fuertes de la región. Esta capacidad de los rancheros para permanecer en la cresta de la ola política ayuda a explicar la continuidad del caciquismo en muchas áreas rurales.

En la etapa de consolidación política esta burguesía campesina siguió dominando. Durante el cardenismo sus dirigentes pudieron beneficiarse de su vestimenta y estilo poco refinado para ser catalogados como “verdaderos campesinos” y “defensores del proletariado” por los políticos de izquierda alejados de la Sierra Alta. De estos rancheros surgieron líderes “agraristas” que en realidad utilizaron la lucha por la tierra como un medio más para atacar a la facción rival, intentar repartir las propiedades de algún antiguo dirigente revolucionario, o suprimir algunos líderes genuinamente campesinos que mostraban cierta independencia. En suma, la promesa de la tierra se usó como una estrategia por parte de una facción de la burguesía local para ganar apoyo popular, así como para asegurar su posición política y su acceso a cargos públicos y a ciertas ventajas materiales. Por ello fue, entre otras cosas, que mientras Cárdenas destruía a la hacienda como el eje del campo mexicano, en Pisaflores ni una sola propiedad rural, ni siquiera la del cacique pre-revolucionario, fue dividida entre los campesinos sin tierra. La creación de los dos ejidos con que actualmente cuenta el municipio tuvo que esperar a los años sesenta, cuando las autoridades constituyeron éstos para contraatacar la gran influencia política que llegó a tener el entonces padre del lugar.

Ya en los años cuarenta, debido a factores externos al municipio, comenzó un deterioro económico que empobreció a todas las clases sociales, incluidos los rancheros. También se inició un cambio determinante en la vida política debido a la ingerencia de un gobierno central cada vez más fuerte y efectivo. Las disputas faccionales que habían caracterizado siempre a la lucha por el poder en Pisaflores bajaron de tono, y el uso de la violencia fue remplazado por nuevas formas de manipulación en las que líderes y autoridades locales eran menos autónomos del reconocimiento y las directrices emanadas de la federación. En esta creciente centralización el partido dominante jugó un papel clave, y el nuevo hombre fuerte fue, precisamente, una figura central en la red del patronazgo derivada del PRI.

Se iniciaba así una nueva forma de poderío regional en la que el cacique, a pesar de poseer tierras, no derivaba su autoridad sobre los campesinos de su trato directo como patrón y protector, sino de su cargo de tiempo completo dentro de la estructura burocrática nacional. Cuando estos hombres fuertes de corte más moderno trataron de aumentar sus bases de poder impulsando nuevamente el programa ejidal surgieron, en algunos casos, líderes genuinamente campesinos. Aun cuando en los años sesenta y setenta la lucha de clases y las reivindicaciones agraristas estuvieron ya muy presentes, también volvió a tomar vuelo la lucha política entre facciones rivales encabezadas por terratenientes. A fin de cuentas, y a pesar de la revolución mexicana y de los gobiernos reformistas, el faccionalismo político y la estructura del poder habían cambiado muy poco desde que Pisaflores se había originado.

El libro de Schryer es también importante dado que se puede generalizar a otras regiones del país su hipótesis central: que la política agraria en las regiones dominadas por rancheros obedece menos a una manifestación del conflicto entre clases que a la competencia económica y política de facciones rivales de las clases altas locales. Tal parece haber sido el caso en algunas partes de la contigua Huasteca, donde la hacienda tampoco era dominante. Por ejemplo, en la Huasteca potosina, la familia de los Santos, medianos propietarios y caciques de Tamazunchale, distrito vecino de Pisaflores, señoreó aun desde antes del porfiriato. Durante el gobierno de Díaz, y a pesar de la prosperidad de sus fincas, la familia se encontró un tanto ajena al auge económico que entonces experimentaron otros rancheros huastecos, sobre todo los beneficiados por el paso del ferrocarril. Más importante aún es el hecho de que los Santos estaban enfrascados en duelo frontal con otra familia de terratenientes de la región, y que padecían un tenaz hostigamiento político, ya que, a pesar de haber sido tuxtepecanos, en la década de los ochenta habían conducido una fracasada revuelta que tuvo nexos tanto con otros rancheros cuanto con indígenas y campesinos del lugar. Los Santos, pues, se fueron a la revolución para recuperar una preponderancia política y económica que se iba derrumbando. Durante la lucha armada y los primeros gobiernos revolucionarios lograron controlar, con altibajos, el poder y la vida militar de su zona, y hasta llegaron a dominar en todo San Luis Potosí durante la gobernatura y el cacicazgo de Gonzalo N. Santos.

También en las Huastecas veracruzana y tamaulipeca, en la zona petrolera alrededor de Tampico, observamos un fenómeno político semejante. Aquí los medianos terratenientes que estaban beneficiándose ampliamente de la explotación petrolera lograron durante la revolución un control casi absoluto de la vida militar y de su zona a través de uno de sus miembros, Manuel Peláez. Este, quien fuera el hombre fuerte indiscutible de la región entre 1914 y 1920, era nieto de un cacique de Tantoyuca, Veracruz, heredero de algunos ranchos tanto por vía materna como paterna y, ya desde el porfiriato, vocero de los intereses económicos de esta clase social.

En suma, el libro de Schryer y lo que sabemos que ocurrió en otros puntos del país nos ofrecen historia de la revolución mexicana, hasta el momento una de las menos conocidas. En ésta la revolución no se tradujo en el fin de las clases altas y ni siquiera en un desafío a su preeminencia. Por el contrario, sería precisamente del seno de ellas de donde surgirían muchos de los líderes de la lucha armada, de los hombres fuertes regionales, y de los dirigentes y funcionarios estatales y nacionales. De esta manera, la revolución no sólo implicó la permanencia del caciquismo sino incluso de las familias que ya eran dominantes. Todo esto vuelve a poner en evidencia la necesidad de reevaluar la idea original sobre la revolución en tanto el estallido incontenible de una lucha de clase popular y eminentemente campesina.

Por otro lado, existen algunos puntos oscuros en el libro que convendría haber desarrollado con mayor precisión. La laguna más notable surgió de que, en buena medida, se consideró la historia de Pisaflores aislada de los acontecimientos políticos y agrarios de la entidad y del país. Sólo en algunos casos éstos se tomaron en cuenta, sobre todo en relación con las incongruencias del agrarismo cardenista, ya que en este municipio Cárdenas se alió precisamente con los personajes opuestos al reparto. Así, a lo largo del trabajo no se hace mención debida de la influencia que sobre Pisaflores debieron haber tenido organizaciones, líderes y movimientos agraristas ajenos al municipio —por ejemplo alguna liga de comunidades agrarias de Hidalgo, la Confederación Campesina Mexicana, etc. En todo caso, se debió señalar por qué no la tuvieron. Tampoco se aclara convenientemente cuál fue la política hacia el campo de las autoridades locales —por ejemplo si hubo leyes, proyectos ideológicos o reformas a la propiedad favorables a los cam-

pesinos, o a los terratenientes— orientaciones que cobraron especial trascendencia durante la guerra civil e inmediatamente después, ya que entonces los estados resolvían sus asuntos con gran autonomía respecto del gobierno central.

También hubiera sido deseable que se insistiera en las repercusiones que sobre este municipio tuvieron las principales tendencias del agrarismo en el país: el choque entre las diversas corrientes ideológicas, los postulados de las organizaciones campesinas, el avance del programa ejidal, etc. Por ejemplo, para que los rancheros de Pisaflores mantuvieran su dominio político y económico debió haber sido sumamente benéfico el proyecto agrario de los gobiernos de la Revolución. Sobre este punto capital existió una gran coincidencia entre los presidentes Madero, Huerta, Carranza, los tres aguaprietistas —De la Huerta, Obregón y Calles— y los del maximato —Portes Gil, Ortiz, y Rodríguez. Todos ellos fueron siempre defensores de la propiedad privada, más exactamente de la mediana propiedad, y veían precisamente en los rancheros las posibilidades no sólo de una modernización agrícola sino también del desarrollo político y social de México. Para ellos el ejido —considerado desde la ley de enero de 1915— no era más que una mera solución transitoria, un pago político a quienes habían empuñado sus armas en la revolución, una escuela para enseñar a los campesinos pobres las virtudes de la pequeña propiedad, y una institución incapaz de superar el autoconsumo.

Por otro lado, también hubiera sido útil que Schryer pusiera ejemplos de cómo operaba la fuerte relación paternalista entre rancheros y campesinos desposeídos, ya que ésta fue el factor clave para explicar la ausencia de lucha de clases, la preeminencia de los rancheros y el que la revolución no impusiera reformas estructurales. Aun cuando el autor señala teóricamente los mecanismos y razones para explicar esta subordinación de los campesinos más pobres, sus argumentos se hubieran fortalecido mostrando algunas situaciones concretas: quiénes, hasta qué punto, bajo qué promesas, esperanzas, y beneficios siguieron política y militarmente a sus patrones y a las clases altas en general.

A fin de cuenta el libro de Frans Schryer es una contribución importante en nuestro conocimiento del campo mexicano y de la historia política del presente siglo. El autor no sólo presentó una información valiosa sino que la estructuró de acuerdo con una

serie de preguntas inteligentes y pertinentes en el estado actual de la historiografía. Así crítica y reinterpreta algunas de nuestras ideas más comunes sobre el porfiriato, la revolución mexicana y el comportamiento político de los campesinos pobres y de la burguesía campesina. Por último, tiene el mérito de cuidar siempre la complejidad que implica un análisis de clases, para no caer en un determinismo económico simplista y poco explicativo.

Romana FALCÓN

El Colegio de México

Struggle and survival in colonial America, David G. Sweet y Gary B. Nash, eds. Berkeley, University of California Press, 1981. 398 pp.

Struggle and survival in colonial America, editado por los profesores David Sweet y Gary Nash, es una colección de ensayos biográficos sobre personas que no trascendieron a la historia oficial, pero que tuvieron algún relieve dentro de las comunidades y momentos en que vivieron. Los personajes son muy heterogéneos: van desde un par de jefes indios norteamericanos, pasando por un arriero mulato del Bajío y una expendedora de pulque de Amozoc, hasta un zapatero mestizo de Buenos Aires. Y sus vidas cubren el espectro cronológico de la época, desde la confrontación de los nobles mexicas con Cortés hasta el impacto de las políticas ilustradas y las guerras de emancipación, en las que alguno de los biografiados participó del lado de la potencia colonial.

Confesaré de entrada mi entusiasmo incondicional por el libro. Sin pretensiones formales, los ensayos incorporan en investigaciones concretas de microhistoria social el pensamiento teórico más avanzado. Pese a que se introduce el libro señalando que muchas de las pequeñas biografías salieron de investigaciones analíticas de otro tipo, el libro incorpora lo más esencial de la teoría francesa (desde *Annales* hasta la escuela de "las mentalidades"), de la norteamericana (de los expositores del *peoples' history*), y coincide con muchos de los planteamientos teórico-metodológicos de la microhistoria social mexicana encabezada por Luis González. En este sentido lo considero un logro científico, fruto de la madurez inte-